

La Ciudad del Capital devora a la Naturaleza y a los Trabajadores

• emilio pradilla cobos

En la literatura urbanística y sociológica son dos lugares comunes, el acelerado crecimiento poblacional de las grandes ciudades latinoamericanas, el carácter desordenado y anárquico de su expansión física, el deterioro constante de las áreas de vivienda popular, tanto centrales como periféricas, el incremento constante de los déficits de equipamiento y servicios, etc. A estos problemas, reconocidos hace décadas por los técnicos e investigadores urbanos, han venido a añadirse en los últimos años, la creciente contaminación ambiental y la reducción relativa de las áreas verdes, parques y jardines, con su doble función de áreas recreativas, de descanso de la población y de regeneradores ambientales.

Ninguno de estos fenómenos es nuevo, ni propio de las ciudades latinoamericanas. Todos ellos están presentes en las ciudades europeas desde el momento en que la industria capitalista se adueña de ellas, convirtiéndose en su fuerza motriz, en el elemento determinante de su estructuración y desarrollo, durante la llamada "Primera Revolución Industrial" a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Los historiadores y urbanistas burgueses¹ y los socialistas utópicos, nos han dejado aterradoras descripciones de las ciudades ennegrecidas por los humos industriales, las corrientes de agua contaminada y pestilente y, sobre todo, el hacinamiento, la insalubridad, la suciedad y hediondez de los barrios obreros de las ciudades industriales de

la Europa de entonces.

Por su parte, Marx y Engels, asumiendo el punto de vista de las víctimas principales de esta situación, no sólo la han descrito sino que han analizado su determinación objetiva por el desarrollo capitalista, por el ansia incontenible de ganancias de la burguesía en ascenso y por las condiciones de salvaje explotación a que sometían a sus trabajadores.²

Hoy en día, los análisis de los sociólogos y urbanistas europeos y norteamericanos están atravesados por esta misma problemática, demostrando claramente que no se trata de una situación derivada del "subdesarrollo" o el "atraso", puesto que afecta por igual a los países "avanzados", a las metrópolis del capitalismo, a las llamadas "sociedades opulentas".

Pero tampoco es nuevo, ni particular de América Latina, el que los técnicos e investigadores al servicio de las clases dominantes entren a plantearse la necesidad de analizar los fenómenos resultantes del desarrollo "natural" de la sociedad, únicamente cuando ellos empiezan a afectar no sólo a las clases explotadas sino al conjunto de las clases sociales y particularmente a aquellas a las que sirven, ya producir efectos negativos sobre la reproducción del sistema social que los genera. Sólo entonces comienzan a buscar remedios, siempre parciales, a los efectos aparentes dejando en la penumbra las causas estructurales de ellos. Así, la contaminación producida por las fábricas y por las miserables condiciones de vida en los barrios obreros en

la época de la primera revolución industrial sólo empieza a ser tratada por los higienistas y a buscarse remedios a ella, por parte del Estado, cuando se hace intolerable aún para la burguesía, y las pestes originadas en los insalubres barrios obreros infectan hasta las viviendas de los burgueses y la pequeña burguesía de las ciudades europeas.

Parecería que algo similar ocurre hoy con la contaminación ambiental, la destrucción ecológica y la penuria de áreas verdes; como por arte de magia, se han convertido en temas obligados de investigación, discusión y programas estatales de acción en todo el mundo capitalista, incluida América Latina.

Estas notas abordarán el problema tratando de llegar, así sea superficialmente, a las determinaciones económico-sociales, más allá de los cuadros impresionistas o apocalípticos, de las evidencias empíricas escuetas y de las interpretaciones psicologistas, estatizantes o simplemente naturalistas, de corte subjetivo, que en lugar de explicar el fenómeno, ocultan su dinámica real.

I. LAS CONTRADICCIONES DE LA CIUDAD CAPITALISTA DEPENDIENTE

La investigación científica, a pesar de las condiciones adversas que enfrenta en América Latina, ha echado ya las bases para la explicación de las contradicciones fundamentales de la ciudad latinoamericana, la cual es determinante en el esclarecimiento de los problemas que



nos ocupan, por lo que la esbozaremos en forma de tesis sumaria.

1. Urbanización acelerada

El acelerado crecimiento poblacional de las ciudades latinoamericanas obedece a la combinación de dos procesos íntimamente vinculados. En primer lugar, el crecimiento de la población ya urbanizada, derivado de la reducción de la mortalidad, resultante de la generalización de la atención médica básica, y del incremento de la natalidad gracias a la reducción de la mortalidad fetal (lograda por medios similares), no contrarrestada por un control natal voluntario debido a que sobre la población influyen la ideología natalista, propia de la religión católica dominante y de sectores tradicionales de las clases dominantes, la tradición cultural, una educación retardataria y poco generalizada, el desconocimiento general de los medios anticonceptivos y el alto costo de ellos y del control médico necesario para su utilización. Cabe anotar que las estadísticas muestran que en la mayoría de los países latinoamericanos, y sobre todo en los centros urbanos, el crecimiento vegetativo alcanzó ya su punto máximo y se inició el ciclo descendente.

En segundo lugar, el crecimiento derivado de la migración campo-ciudad, masas enormes de campesinos desaloja-

dos, directamente o por la vía del mercado, por el desarrollo capitalista agrario o empobrecidos crónicamente por el agotamiento de las tierras, la extorsión de los comerciantes rurales, la reducción de sus parcelas y el incremento en los costos monetarios de sus subsistencias no agrícolas, se ven en la necesidad de emigrar hacia los centros urbanos o al exterior, en donde el desarrollo de las actividades capitalistas aparece como la única alternativa para la venta de su fuerza de trabajo o su subsistencia en las actividades "parasitarias", "asociales" o socialmente improductivas.

2. Urbanización concentrada

La migración del campo a la ciudad o interurbana se dirige hacia un número reducido de grandes centros urbanos en los cuales el proceso de concentración-centralización del capital y las ventajas relativas de todo tipo que la empresa capitalista deriva de la gran aglomeración, tienden a concentrar la actividad industrial, comercial, de servicios, etc., y, por tanto, las posibles fuentes de empleo o de subsistencia. Esta tendencia a la concentración encuentra su explicación en las leyes básicas del funcionamiento de la economía capitalista (de allí su aparición generalizada en los países capita-

listas avanzados o dependientes); por ello ha sido "resistente" a todos los esfuerzos de los estados capitalistas para lograr un "desarrollo urbano y regional armónico", "controlar las migraciones hacia los grandes centros urbanos" y "distribuir racionalmente la población".

3. Desempleo y explotación aguda

El patrón actual de acumulación en los países capitalistas dependientes latinoamericanos se caracteriza, entre otros rasgos, por:

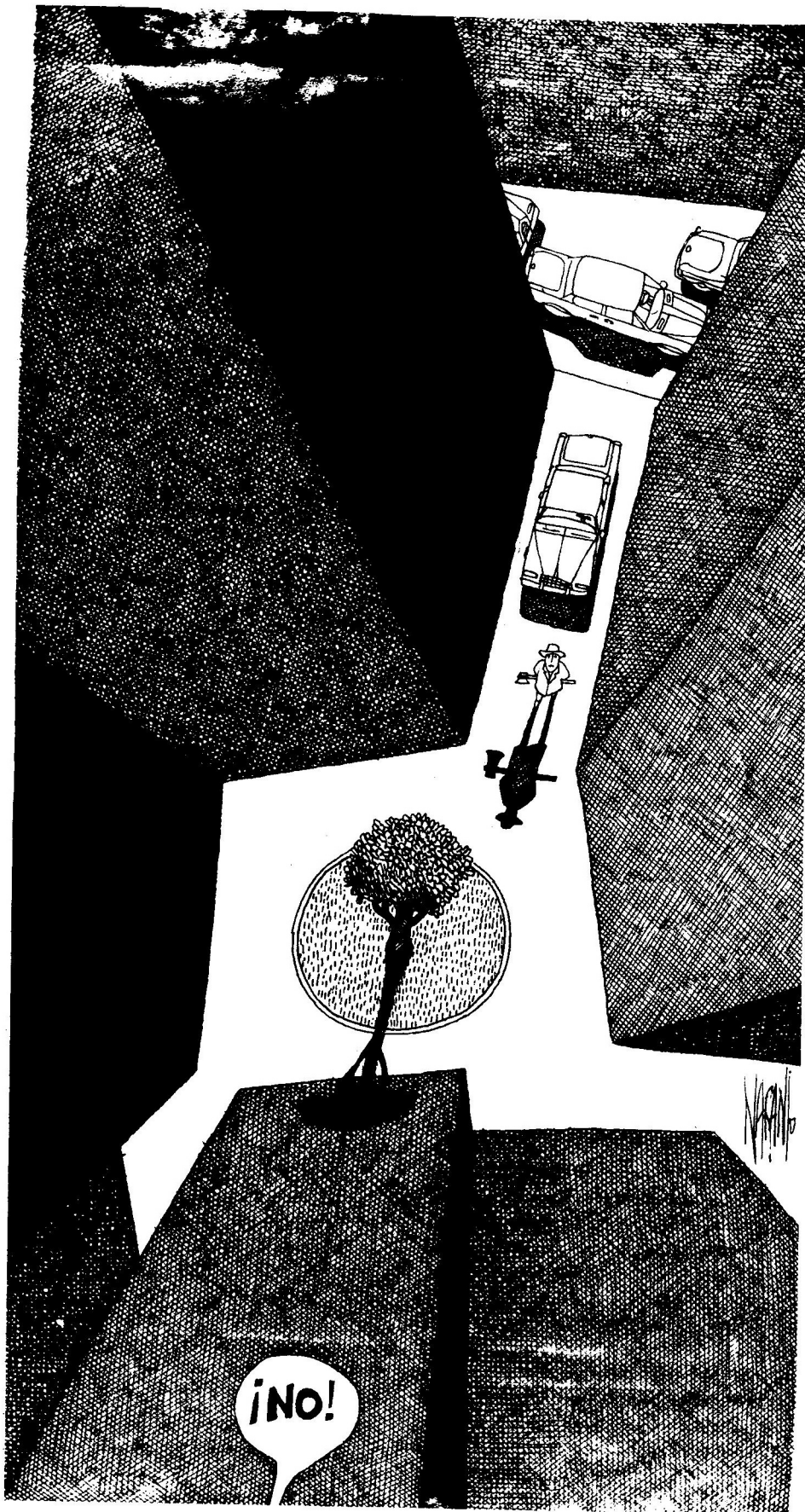
a) Un rápido proceso de concentración monopólica de la producción industrial, la cual trabaja con una relativamente elevada composición de capital (predominio del capital constante o, en otras palabras, tecnología avanzada), por lo que consume poca fuerza de trabajo.

Esta tendencia se extiende también a otros sectores de la actividad económica tales como el intercambio comercial y los servicios. Si el proceso de monopolización corresponde a la lógica de la acumulación capitalista y se agudiza en la fase de la internacionalización del capital, propia del imperialismo, el de elevación de la composición orgánica del capital se deriva de la tendencia a la nivelación de este a escala internacional y nacional como producto de la competencia —monopólica o no— y de la necesidad del mantenimiento de la tasa de ganancia, y es contrarrestada, solo relativamente, por las barreras proteccionistas, pero acelerada por los procesos de integración de mercados y la tendencia actual al librecambismo de nuevo tipo.

b) Las economías dependientes reproducen en forma ampliada las crisis cíclicas del capitalismo mundial, dando lugar a periodos de lenta expansión o estancamiento de la inversión industrial y agraria, y a su correlato, la liberación de fuerza de trabajo o su muy lenta incorporación.

c) El desarrollo industrial monopolista golpea fuertemente, destruyendo a los sectores artesanales y manufactureros atrasados, dando lugar a la liberación de fuerza de trabajo antes incorporada a ellos.

d) Los tres fenómenos anteriores determinan la existencia y permanente crecimiento de un ejército indus-



trial de reserva de gran magnitud, compuesto por los desempleados, subempleados, lumpenproletariado y empleados por cuenta propia en actividades improductivas de baja re-

muneración, los cuales carecen de ingresos, los reciben solo temporalmente, o están por debajo del límite de subsistencia.

e) Las crisis periódicas de la acumula-

ción de capital, como manifestaciones coyunturales de la crisis histórica por la que atraviesa el capitalismo a escala mundial y orientación de una parte considerable de la producción industrial y agraria hacia el mercado mundial para resolver las crisis de realización derivada del lento crecimiento del mercado interno, lo que exige el mantenimiento de costos de producción bajos y competitivos, han determinado la aplicación generalizada de *políticas de austeridad*, uno de cuyos componentes fundamentales es la reducción de los salarios reales de los trabajadores mediante su congelamiento o su crecimiento por debajo del incremento del costo de la vida, hasta colocarlo por debajo aún del valor de la fuerza de trabajo, determinando así la agudización de las condiciones de explotación.

Otro de los componentes de estas políticas es la reducción de las llamadas "inversiones sociales" realizadas por el estado (educación, salud, servicios públicos, etc.) o su sometimiento a las normas de la rentabilidad capitalista, lo que repercute en forma directa sobre las condiciones de vida de los trabajadores, empeorándoles.

En este sentido actúa el desmantelamiento de la organización sindical o la castración de sus formas de lucha, impuesto en la mayoría de los países latinoamericanos por regímenes políticos antidemocráticos o abiertamente dictatoriales.

El capital financiero —nacional y extranjero asociado—, que se desarrolla rápidamente a partir de los años sesenta hasta convertirse en hegemónico en la escena económica y política, se territorializa, fusionándose con la propiedad territorial rural y urbana y pasa a convertirse en la fracción del capital dominante en la actividad de la construcción por la vía del control del financiamiento o la promoción directa de la construcción de vivienda y otros objetos urbanos. Se crean así condiciones de monopolio en el mercado del suelo y la vivienda que, a la vez que permiten al capital la obtención de sobreganancias, reducen aún más las posibilidades de acceso de los trabajadores a este componente básico de la reproducción de la fuerza de trabajo y reduce los ya estrechos límites de la acción del estado en la regulación del mercado del suelo y la promoción de la producción de vivienda y equipamien-

tos urbanos para los trabajadores. Para la mayoría de la población, este patrón implica un envejecimiento de sus ingresos, una disminución de su capacidad adquisitiva y, en términos generales, un empeoramiento creciente de sus condiciones de vida.

4. Crecimiento urbano anárquico

El crecimiento urbano adquiere un carácter anárquico como resultado de tendencias contradictorias:

El carácter privado de la propiedad de los medios de producción y, en general, la apropiación privada de todos los objetos materiales, la "libertad de empresa" (encubierta ideológicamente como libertad individual) y la competencia entre propietarios de medios de producción o circulación mercantil y monetaria, en una palabra, la anarquía propia del funcionamiento de la economía capitalista determina que las decisiones de implantación del capital industrial, comercial y financiero responden exclusivamente a los intereses de los agentes capitalistas individuales: apropiación de las ventajas o efectos útiles de la aglomeración urbana; reducción de costos de implantación, producción o circulación, etc. El carácter privado de la propiedad del suelo urbano o urbanizable y, su integración al mercado capitalista, sirven de base a estas decisiones individuales de implantación.

Por su parte, el capital inmobiliario vinculado a la adecuación de terrenos y la construcción de viviendas y otros objetos arquitectónicos, actúa de acuerdo a la misma lógica de apropiación individual que incluye hasta las ventajas derivadas de la naturaleza misma (paisajes, vegetación, topografía, etc.), las cuales son convertidas en mercancías pese a no ser productos del trabajo humano.

La anarquía del crecimiento físico urbano expresa, pues, la lógica de la anarquía en el funcionamiento de la economía capitalista.

El estado en su acción "planificadora" se enfrenta a estos límites estructurales, insalvables para él, viéndose imposibilitado para imponer al crecimiento urbano una racionalidad que, de ser posible, expresaría los intereses del capital en su conjunto y no los de la imposible sumatoria de los capitalistas individuales.

En el otro polo, la masa de desempleados, subempleados y fuerza de trabajo agudamente explotada, está imposibilitada para acceder a la vivienda ade-

cuada; su carencia de ingresos, lo limitado de estos o su ocasionalidad, les impide convertirse en demanda solvente para una producción de vivienda cuyos precios se colocan muy por encima de los costos de producción debido a la acumulación de rentas territoriales, ganancias de productores de materiales, fraccionadores, constructores e intermediarios comerciales y los intereses bancarios. Por ello caen en manos de los usureros propietarios de casas de vecindad y de ciudades perdidas, son sujeto de la extorsión por los fraccionadores "ilegales", o tienen que recurrir a la invasión de terrenos no adecuados para la urbanización y carentes de servicios e infraestructura. El funcionamiento del mercado capitalista de la tierra y la vivienda los obliga a reproducir la anarquía urbana de la que son víctimas y cuyo origen se ubica en la acción de los "capitanes de la industria".

La única alternativa que queda a esta población es la autoconstrucción de vivienda —espontánea o patrocinada por el estado— que además de incrementar la tasa de explotación, por el alargamiento de la jornada de trabajo, conduce a la producción de viviendas inadecuadas, hacinadas, insalubres, carentes de servicios de infraestructura mínima y profundamente contaminadas ambientalmente. Esta situación dista poco de la de los obreros de los países europeos en el periodo de la acumulación salvaje de capital y que tanto "preocupó" a los célebres higienistas de principios del siglo XIX.

La anarquía urbana generará una elevación de los costos de la dotación de infraestructura y servicios, alargamiento del tiempo y costos de transportación, efectos negativos sobre la productividad del trabajo, etc., que reducirán para los empresarios las ventajas relativas de aglomeración y los llevará a responsabilizar al "capitalista colectivo" que es el estado, de la mediatización y mitigación de estos efectos contradictorios.

5. Acción contradictoria del estado

El estado en su papel de mitigador de las contradicciones urbanas y de proveedor de las condiciones generales de la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo (infraestructura y servicios), se mueve en los límites que le impone la misma matriz del modo de producción capitalista que genera las contradicciones a las cuales debe responder con su acción.

Si su función es paliar los efectos

negativos de la dispersión y la anarquía urbana por la vía de la planificación física —indicativa y normativa—, frente a él se levanta precisamente la propiedad privada del suelo y la libertad inviolable de los capitalistas individuales; aunque su función es mitigar las contradicciones urbanas para garantizar el desarrollo del capitalismo en su conjunto, los intereses del capitalista individual se oponen como barreras a su acción correctora.

Si la tarea del estado es producir infraestructura y servicios necesarios al funcionamiento global de la actividad capitalista urbana y a la reproducción de la fuerza de trabajo *necesaria al capital*, el capitalista luchará permanentemente por reducir la parte del producto social extraída por el estado a los trabajadores por la vía de los impuestos y que destina para estos fines; tratará además, de que una parte cada vez mayor de esta tributación vaya directamente a apoyar sus necesidades particulares de inversión; finalmente, buscará por todos los medios de apropiarse individualmente de las ventajas económicas derivadas de la acción del estado en este campo (Vgr.: apropiación de los efectos útiles de una inversión vial por parte del fraccionador), amplificando así la competencia anárquica con otros capitalistas o propietarios territoriales, etc. Este proceso de apropiación generará una cada vez mayor segregación en la dotación de servicios, agudizando la situación de los sectores populares, excluidos por los mecanismos económicos ya citados, del acceso a la vivienda adecuada.

La acción del estado, limitada estructural y coyunturalmente por el funcionamiento de la sociedad a la que sirve, reproduce en forma ampliada las contradicciones que generaron su intervención inicial.

Este juego de contradicciones de la ciudad capitalista dependiente determina los fenómenos que nos ocupan: penuria de espacios abiertos y recreativos y contaminación ambiental.

II. CRECIMIENTO URBANO CONTAMINACION AMBIENTAL Y PENURIA DE AREAS VERDES Y RECREATIVAS

El acelerado y anárquico crecimiento de las grandes ciudades latinoamericanas, devora anualmente cientos de hectáreas de tierra agrícola, bosques y colinas arboladas, desvía y canaliza corrientes de agua, deseca pantanos, cubriéndolo todo con densa maraña de calles, puentes y edificios de concreto, acero y vidrio. Al

interior de ese laberinto hollado diariamente por millones de personas y automóviles, sólo van quedando diminutas superficies libres, cubiertas de hierba calcinada, de adoquines y una escasa vegetación. Al tiempo que cambia la relación entre naturaleza y ciudad en beneficio de la segunda, aumenta el número de habitantes por metro cuadrado de área libre y la producción de contaminantes del medio ambiente y disminuyen los elementos naturales de protección y regeneración de éste. Este cambio entre la correlación entre naturaleza y ciudad se expresa en la alarmante penuria de áreas verdes, parques, bosques y jardines que se evidencia en las ciudades latinoamericanas y que ha dado lugar a una verdadera marea de estudios, diagnósticos y propuestas, provenientes en su mayoría de las instituciones oficiales, cuyas acciones no logran romper ni revertir el proceso al ignorar o no poder modificar sus determinaciones estructurales.

Las áreas verdes, parques, bosques y jardines, plazas y parques cumplen al interior de la ciudad la doble función señalada al inicio de este texto: por una parte, son mecanismos naturales de defensa contra la contaminación ambiental generada por las actividades urbanas y de regeneración del medio ambiente, por otro, constituyen soportes materiales insustituibles de una parte importante de las actividades recreativas y de ocio, necesarias a la reproducción de la capacidad productiva de la población urbana.

Teniendo como "marco la referencia", el análisis sumario de las contradicciones urbanas hecho anteriormente, trataremos de establecer las determinaciones estructurales de este fenómeno, el carácter social de la necesidad de estos componentes de la ciudad, y los límites a que se enfrenta su solución en nuestra sociedad.

1. La contaminación ambiental como producto del desarrollo capitalista

Las grandes ciudades latinoamericanas han alcanzado niveles insoportables de contaminación ambiental (contaminación del aire, el suelo, y el agua, incremento del ruido y la temperatura ambiental, etc.), que no sólo afectan a sus primeras y principales víctimas, las clases explotadas, sino que amenazan al conjunto de las clases sociales, incluidas las dominantes, que hasta hace un tiempo podían ignorar los efectos de la situación gracias a que ella no alcanzaba aún niveles demasiado elevados ni generaliza-



dos y a que contaban con los medios individuales para su protección, ahora insuficiente.

La primera pregunta que tenemos que responder es: ¿Cuáles son las fuentes fundamentales de la contaminación y quiénes los responsables de ella? La respuesta la encontramos en la combinación de los siguientes procesos, esenciales al régimen capitalista de producción.

A. Las condiciones de la producción fabril

Las industrias capitalistas y sus propietarios son las principales responsables de la contaminación ambiental. Para aumentar las tasas de ganancias mediante el mantenimiento de bajos costos de producción, los empresarios industriales contaminan impunemente el ambiente con desechos sólidos, líquidos y gaseosos, ruido y calor. Las fábricas vierten en el aire, sin ningún tratamiento descontaminante, gases, humos y polvos, muchas veces tóxicos; derraman en drenajes y corrientes de agua, desechos líquidos de toda clase, sin ninguna purificación previa; arrojan en lugares baldíos miles de toneladas de basura y desechos, frecuentemente no degradables; son emisoras de una insupportable sinfonía de ruidos hirientes, sus calderas, vapores y desechos sobrecalentados elevan la temperatura de las áreas circunvecinas, etc. Al interior de las fábricas, los obreros tienen que soportar largas horas de trabajo en medio de fuertes ruidos, temperaturas elevadas y aire conta-

minado, que afectan seriamente su salud física y mental, sin que se le garanticen los medios necesarios para su protección.

El capitalista individual, más preocupado por la sanidad de sus balances de pérdidas y ganancias que de el conjunto de la sociedad, impide que su representante colectivo, el Estado, elabore, apruebe y aplique medidas reales y efectivas para controlar esta situación, en la medida que ellas impliquen inversiones que no repercutan en ganancias individuales inmediatas. El control estatal de la contaminación fabril es casi nulo en la región, y cuando existe una legislación en tal sentido, ella es violada sistemáticamente tanto por la patronal, como por los agentes de su aplicación.

B. Los productos contaminantes

La otra cara de la contaminación ambiental producida por la industria se localiza en sus productos. Son ya toneladas de papel las dedicadas a la comprobación científica del carácter tóxico y contaminante de miles de productos industriales, y a las denuncias de las frecuentes tragedias derivadas de su inadecuado manejo y la falta de las medidas de seguridad para su manipulación: fugas y derrame de productos químicos venenosos, ausencia de la información necesaria para el adecuado uso de insecticidas, detergentes y productos medicinales, medicinas tóxicas o con efectos colaterales puestas libremente a la venta, combustibles con elevados contenidos de sustancias tóxicas no eli-

minables o producidas por su combustión, aerosoles cuyos residuos son más peligrosos que los "males" que "atacan", generalización indiscriminada del uso de insecticidas "domésticos", detergentes no bio-degradables y fuertemente contaminantes del agua, empaques y envases plásticos que no pueden ser destruidos por los procesos naturales y que, además, son inútiles y no satisfacen ninguna necesidad, exceso de envases desechables inútiles, etc. Todo ello es fuente de contaminación cuyo origen no es otro que la producción industrial.

El conjunto de los consumidores, sobre quienes se trata de cargar la responsabilidad de la contaminación, son solo instrumentos inermes e ignorantes del proceso; la producción industrial entrega no solo un objeto, con determinadas características y con un modo de empleo determinado, sino que crea la necesidad para ese objeto mediante la publicidad masiva. El productor es, pues, el responsable de la contaminación resultante del uso contaminante de sus productos.

La ausencia de un control efectivo sobre los productos industriales es ya patente; así, las empresas nacionales y transnacionales, producen en los países latinoamericanos, productos prohibidos hace años en los países capitalistas desarrollados, ante la mirada impávida de los responsables del control de estos atentados contra la salud de la población y los recursos naturales a su disposición. Esta ausencia de control se manifiesta también con respecto a la publicidad engañosa y a veces criminal de muchos productos.

C. El automóvil el mayor contaminante

El automóvil es uno de los mayores contaminantes del medio ambiente urbano: arroja gases tóxicos, genera ruidos y eleva la temperatura ambiente. En la generalización e incremento de este medio de contaminación se combinan varios factores:

— Las empresas automotrices, grandes monopolios transnacionales, han tenido una rápida expansión en toda la región. Tanto en sus países de origen, como en los nuestros, mantienen características de los automóviles que están muy por debajo del desarrollo actual de la técnica en cuanto a control de la contaminación producida; más aún, en los países dependientes se rehusan a introducir los cambios que ya han sido impuestos en los dominantes. Todo ello tiene una explicación: mantener

sus tasas de sobre ganancia monopolística.

— Para mantener e incrementar el número de automóviles vendidos, desarrollan una agresiva acción en dos frentes: una publicidad gigantesca y millonaria en favor del transporte individual, y una presión constante contra el desarrollo de los medios de transporte colectivo y en favor de la inversión en la vialidad ligada directamente al individual. Desde el punto de vista de la contaminación, sus fuentes automotrices aumentan en proporción más que directa al número de individuos transportados: desde el punto de vista de la vialidad, destructora de áreas verdes y recreativas, incrementa más que proporcionalmente la magnitud de metros cuadrados de vías.

— En el sistema colectivo, siguen predominando los sistemas de transporte de superficie, por camión, en manos de empresarios privados, ante el lento desarrollo de medios alternativos en manos del estado. Para incrementar sus ganancias, los empresarios camioneros eliminan los sistemas anticontaminantes en su equipo y mantienen en servicio vehículos absolutamente obsoletos, amortizados hace años, los cuales debido a la vetustez, son más contaminantes que el equipo original.

Este entrelazamiento de los intereses del capital privado ligado al transporte y a la producción automotriz, es uno de los mayores responsables de la contaminación ambiental.

D. El Estado y el capital inmobiliario destruyen las defensas contra la contaminación

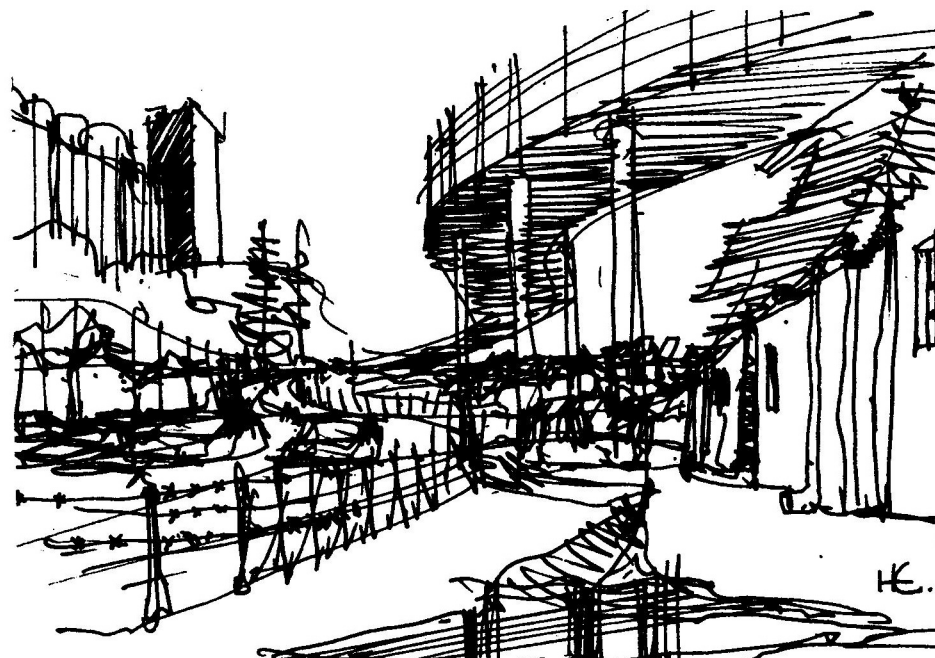
El capital inmobiliario privado es el gran destructor de las reservas naturales que rodean la ciudad; bajo la acción de su maquinaria, van cayendo bosques y áreas cultivadas, las cuales son reemplazadas por calles asfaltadas y miles de casitas para los grupos de altos ingresos en los cuales han creado la ideología de la casa individual a través de la publicidad. Mientras tanto, en las áreas donde los precios del suelo son más elevados, este mismo capital produce con sus elevadas y densas construcciones, una aglomeración de hombres y coches, por tanto de fuentes de contaminación. Esta relación dispersión periférica-concentración central, actúa sobre las formas del transporte, imponiendo un acelerado desarrollo del transporte individual, fuente, como ya vimos, de contaminación.

Los trabajadores son obligados por este mismo proceso a ubicar sus viviendas en los cerros, colinas y áreas de baja rentabilidad, destruyendo también las defensas naturales contra la contaminación. Las fuerzas del capital obligan a los desheredados a destruir por necesidad su medio natural.

El estado, productor de la vialidad y las demás infraestructuras, sigue las tendencias anárquicas del crecimiento urbano impuestas por el capital inmobiliario, las reproduce en sus acciones, sin que las limitadas políticas de "protección del medio ambiente" que impulsa, lleguen si quiera a contrarrestar los daños que el mismo le causa.

E. La pobreza es también contaminante

Los trabajadores empobrecidos por la aguda explotación a que los somete



el capital, carecen de medios económicos para acceder a los servicios cuya instalación asume el estado: agua potable, drenajes, recolección de desechos, etc., y a los objetos-mercancías necesarios para servirse de ellos (sanitarios, lavabos, equipo de cocina, regaderas, etc.). En estas condiciones, los trabajadores están obligados a contaminar sus colonias con las aguas negras, excrementos, y basuras que no pueden eliminar adecuadamente.

En los barrios populares, la imposibilidad de adquirir modernas estufas de

gas o eléctricas, impone el uso de contaminantes ambientales como el carbón, la leña, el petróleo, etc.

La pobreza impone autocontaminación de las atestadas, densas, mal ventiladas y soleadas colonias de los trabajadores, que se convierten en el origen frecuente de epidemias de las cuales son, por la misma pobreza y ausencia de asistencia social, las víctimas privilegiadas.

La contaminación ambiental en las ciudades es un producto del desarrollo capitalista y los capitalistas individuales

y el capitalista colectivo, el estado, son responsables de ella, tanto por sus acciones, como por lo que dejan de hacer, estando obligados socialmente a hacerlo.

2. Las áreas verdes y recreativas como soportes materiales de la reproducción de la fuerza de trabajo

El ocio, la recreación, tienen una doble dimensión económica, material que se concretiza de forma diferente según la ubicación del individuo dentro de la estructura de clases sociales: como condición necesaria de la reproducción de la población, y como consecuencia lógica del desarrollo de las fuerzas productivas sociales.

Como condición necesaria de la reproducción de la población, tiene un significado económico diferente si se trata del trabajador asalariado o del receptor de plusvalía (agentes sociales que obtienen sus ingresos de la ganancia industrial y comercial, de los intereses del capital-dinero y de la apropiación de rentas del suelo). Para los trabajadores, cuya actividad es gasto de energía física y mental, desgaste de su capacidad productiva, el descanso, la recreación, forman parte del conjunto de actividades necesarias para que día a día, semana a semana, año a año, mantengan su capacidad productiva, recuperen la energía necesaria para participar en el proceso productivo en su calidad de productor de valor y plusvalía o de asalariado ligado a las diferentes fases de la reproducción del capital, y por tanto, condiciones necesarias de las ganancias de los propietarios del capital; al mismo tiempo, forman parte de las actividades necesarias al mantenimiento de la familia del asalariado, a la reproducción de la clase de los trabajadores. El descanso, al igual que la salud, la educación, el alimento, el vestido, la vivienda, etc., forman parte del valor de la fuerza de trabajo asalariado ya que su suma constituye la cantidad de "bienes y servicios" necesarios para producir y reproducir la capacidad productiva que día a día es consumida en la producción y circulación de nuevos bienes y en otras actividades ligadas al mantenimiento del sistema productivo. Puesto que cada uno de estos bienes y servicios tiene un valor —son producto del trabajo humano— y un valor de cambio —son mercancías en el sistema capitalista—, su precio monetario debe ser cubierto mediante el salario por el empresario que utiliza la fuerza de trabajo.





La cantidad de bienes y servicios que forman parte del valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, del salario, varía históricamente y en cada sociedad concreta, no pudiendo ser reductible a las "necesidades biológicas"; él es función de la correlación de fuerzas en la lucha de clases y se manifiesta en el conjunto de bienes y servicios aceptados por la patronal como "necesarios" al asalariado. Si el salario no cubre el valor monetario del conjunto de bienes y servicios socialmente necesarios (reconocidos socialmente) para la reproducción de la fuerza de trabajo —el asalariado y su familia—, el empresario no estará cubriendo su valor y, por tanto estará sobre explotando al trabajador. En tal sentido, la imposibilidad para el asalariado de acceder a uno cualquiera de estos bienes y servicios, incluida la recreación, estará mostrando una situación de sobre explotación.

Evidentemente, el empresario solo cubrirá, si lo hace, la parte de esos bienes y servicios que consumirá el asalariado y su familia en el día, la semana, el mes o el año y no la parte correspondiente a la producción y mantenimiento de las condiciones durables necesarias a la obtención de este efecto-útil —Vgr.: los soportes materiales de la recreación; la función de garantizarla será asignada por la patronal al estado como "capitalista colectivo", mediante la tributación social extraída del salario mismo de los trabajadores o del producto directo de su trabajo. Más adelante veremos las implicaciones de esta situación.

La recreación es, pues, una condición del trabajo productivo del obrero

y del improductivo necesario al mantenimiento y reproducción del sistema capitalista en su conjunto; una condición de la ganancia del empresario y, en términos globales, de la reproducción del capital en su conjunto. En América Latina, observamos que los trabajadores han logrado que la burguesía reconozca y acepte como parte integrante del valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, del salario, solo las condiciones mínimas de reposo; en la generalidad de los casos, siguen imperando jornadas laborales de 45 horas o más semanales, las vacaciones anuales son extremadamente cortas, las primas vacacionales sirven solo para cubrir en parte el déficit anual del obrero, y el salario mensual, semanal o diario, no incluye lo necesario para cubrir los costos de formas de ocio y recreación comunes en otras capas de la sociedad. En este aspecto, se observa una clara diferencia entre los trabajadores latinoamericanos y los de los países imperialistas.

Esta situación, a nuestro juicio, es el resultado de la combinación de varios factores:

a) El peso negativo que ejerce sobre el salario, la permanencia de un ejército industrial de reserva de gran magnitud, a lo largo de todo el proceso de desarrollo capitalista.

b) La debilidad y dispersión de las organizaciones sindicales, o su control por la patronal y el estado, con el consiguiente debilitamiento de la lucha defensiva de los trabajadores.

c) Los estrechos límites que tienen las burguesías locales para hacer conce-

siones económicas a la clase obrera y demás asalariados, determinadas por la debilidad del aparato productivo, su lenta y espasmódica expansión y la transferencia de plusvalía hacia los países imperialistas.

d) La respuesta comunmente repressiva dada por el estado a las luchas reivindicativas y democráticas de los trabajadores como manifestación en lo político del factor anteriormente expuesto.

Podemos afirmar, que la inclusión parcial, insignificante del ocio y la recreación en el valor de la fuerza de trabajo y su equivalente salarial, muestra cómo la acumulación de capital en la región sigue reposando esencialmente sobre la plusvalía absoluta, y determinando condiciones agudas de explotación de la fuerza de trabajo.

Para los perceptores de plusvalía, cuya actividad —cuando la realizan—, no es productora de valor y, por tanto, no es socialmente necesaria para el mantenimiento e incremento de la producción social, el descanso, bastante costoso como lo veremos posteriormente, significa una carga social, una deducción sobre la producción social, que no repercute para nada en el incremento de la masa total de ella. Es una actividad parasitaria que se desarrolla con base en la explotación del trabajo de los obreros. El no-trabajo de unos pocos se sustenta sobre el trabajo excedente expropiado a la mayoría de la sociedad.

Los trabajadores productivos, base y fundamento de la riqueza social, palanca fundamental del desarrollo de las fuerzas productivas sociales, deberían ser los beneficiarios del incremento de la productividad de su propio trabajo. Todo incremento de la productividad del trabajo debería expresarse en una reducción de la jornada laboral del obrero y del asalariado y, por tanto, en un incremento de su tiempo libre y de descanso. En realidad, descontando las pequeñas reducciones de la jornada de trabajo logradas por la clase obrera a través de duras y prolongadas luchas, muchas veces teñidas de sangre, el desarrollo de las fuerzas productivas y el incremento de la productividad del trabajo no se traducen en una reducción de su jornada de trabajo, sino en un incremento del tiempo de trabajo no pagado (plusvalía relativa) que engrosa las ganancias que el capitalista usa para la acumulación de capital y para incrementar su consumo suntuario, incluido el ocio suntuario.

En síntesis, el no trabajador incrementa su ocio improductivo y parasitario gracias al recorte del descanso pro-

ductivo del trabajador y la expropiación del producto de su trabajo.

En la realidad latinoamericana, las condiciones de aguda explotación que padecen las masas trabajadoras hacen que el salario pagado por el empresario no cubra los costos sino de una parte ínfima de este elemento básico de la reproducción de la fuerza de trabajo; por su parte, para el ejército de reserva desprovisto de ingresos, obteniéndolos solo ocasionalmente, o en magnitudes apenas suficientes para una mísera subsistencia, el descanso, la recreación, desaparecen absolutamente como posibilidad.

Hasta aquí hemos hablado del ocio, la recreación o el descanso como sinónimos de la apropiación de un *efecto útil*, representante de múltiples actividades: la música, el teatro, el cine, el deporte, el baile, el goce de la naturaleza, etc. La producción y apropiación de este efecto útil requiere de un conjunto complejo de *soportes materiales* que van desde la naturaleza, no producida por el trabajo humano, hasta los estadios y conjuntos deportivos, los cines, las salas de espectáculos, etc., que, diferentes del efecto útil, son condiciones necesarias de su producción y apropiación, así como de una amplia gama de *medios para producirlo* —nos referimos a la multitud de instrumentos, máquinas, muebles, enseres, materiales, etc., no directamente integrados al soporte material y que son indispensables para la producción y apropiación del efecto útil—, resultante de infinidad de procesos productivos a través de los cuales el ocio y la recreación se insertan en el conjunto socializado de la producción y el intercambio capitalista.

En la producción del efecto útil y de sus soportes materiales podemos distinguir dos categorías: aquellos cuya producción y circulación mercantilizada representan para el capital una inversión rentable, asumidos por tanto como procesos de valorización del capital por el empresario privado (cine, teatro, espectáculos deportivos, hoteles, parques de diversión, etc.); y aquellos que debido a su baja rentabilidad, representan una "mala" inversión para el capitalista privado y no entran en su campo de acción. Un ejemplo típico de esta segunda categoría son los soportes materiales y los efectos útiles recreativos dirigidos a las masas trabajadoras, imposibilitadas de revertir al empresario su inversión y la tasa media de ganancia; entre ellos se ubican claramente, los jardines, plazas y parques públicos y todas aquellas actividades recreativas que complementarían el efecto útil primario de la apropiación

de la naturaleza o el espacio abierto; zoológicos, salas de espectáculos, museos, parques de diversiones populares, etc. Sobra señalar que los medios para producir el efecto útil son, casi sin excepciones, el resultado de la acción del capitalista privado, tanto en su producción como en su intercambio mercantil.

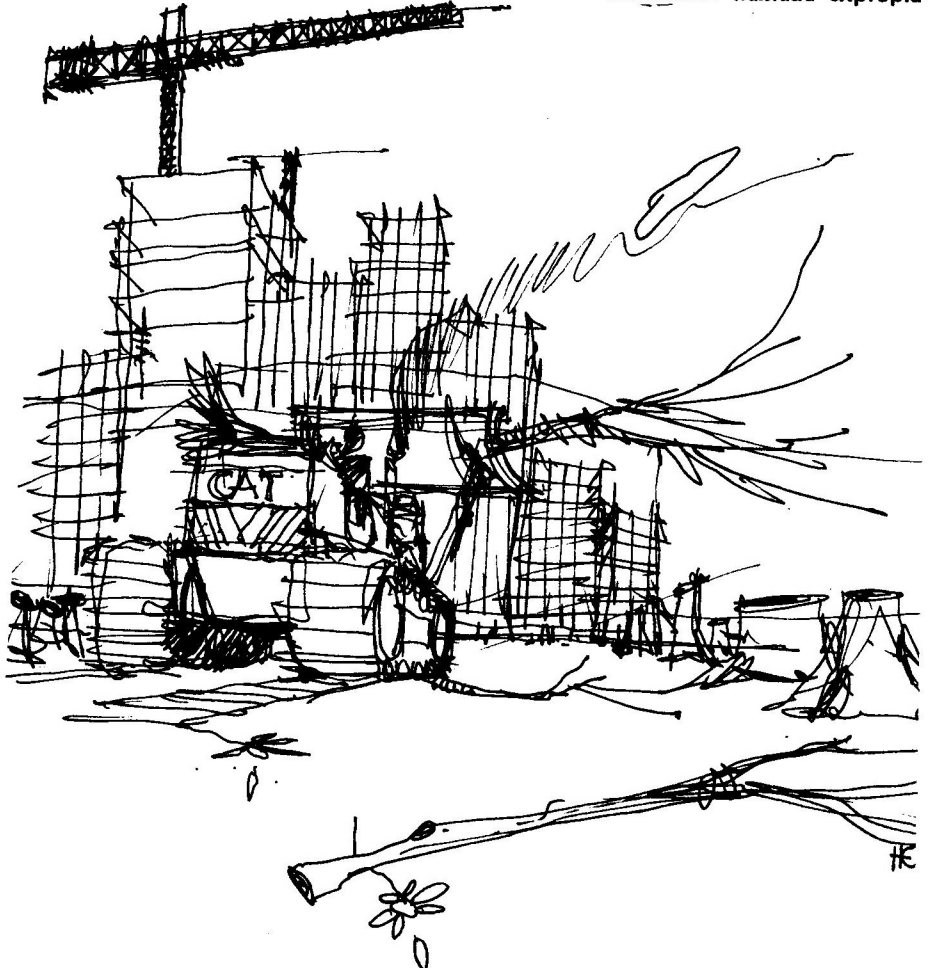
3. Los límites a la acción del Estado en la dotación de los efectos útiles recreativos y sus soportes materiales

El capitalista individual se aísla doblemente de la actividad de ocio y descanso de las masas populares: por una parte, dada su baja rentabilidad no las incluye dentro de sus programas de inversión; por otra, no incluye dentro del salario de sus trabajadores una cantidad de dinero suficiente para cubrir esta necesidad "semanal" y mucho menos para que este produzca individual o colectivamente sus pre-condiciones. Pero al mismo tiempo, el capitalista requiere de una fuerza de trabajo en capacidad de producir y, por tanto, que disponga de un mínimo de ocio, descanso y recreación para reproducir su capacidad productiva; para resolver esta contradicción asigna al estado, como garante de las

condiciones generales de la reproducción ampliada del capital y capitalista colectivo, la tarea de producir estos efectos útiles y sus soportes materiales. Para cumplir esta función, el estado recurrirá a la tributación proveniente en lo esencial de los asalariados mismos, no sin enfrentarse permanentemente a la presión de los capitalistas y sus organizaciones económicas y políticas para que reduzca estos "gastos sociales", en beneficio de la "inversión productiva" que apoya directamente a la reproducción del capital.

En sus acciones, bastante limitadas, los estados latinoamericanos se enfrentan a los límites estructurales que le define el funcionamiento del régimen capitalista dependiente:

- a) La propiedad privada del suelo, en muchos casos producto de la privatización del suelo nacionalizado, que obliga al estado a invertir cuantiosos recursos en la adquisición del terreno necesario para la adecuación de jardines, plazas, parques naturales y deportivos, etc., teniendo que someterse a las normas de funcionamiento del mercado del suelo o a engorrosos trámites de venta forzosa, eufemísticamente llamada expropiación



ción. En las ciudades latinoamericanas, el juego de la monopolización de la tierra y sus altos costos, obligan a las municipalidades a ubicar sus parques y jardines cada vez más alejados de la aglomeración, dificultando o imposibilitando su uso a las masas trabajadoras desprovistas de medios de transporte individual, en condiciones de aguda deficiencia del transporte colectivo.

- b) La anarquía en el desarrollo urbano, ya analizada, transforma en utópica o inútil toda racionalidad tecnocrática en la ubicación de estos equipamientos colectivos. (Planeación urbana.) Las áreas verdes y parques previstos en los "planes directores" o de urbanismo, naufragan ante el fuego cruzado de los precios del suelo, las limitaciones presupuestales, las presiones de los fraccionadores privados, los constructores, los empresarios industriales y comerciales hambrientos de localizaciones "apropiadas", y las exigencias de otros equipamientos tales como la vialidad. Esta imposibilidad es aún más evidente cuando se plantea la apertura de áreas verdes o plazas públicas en las zonas centrales donde la voracidad del capital privado consume y sobreesatura cada milímetro de suelo disponible y el propietario territorial exige que todos los efectos de la producción colectiva de lo urbano lleguen a su cuenta bancaria por la vía de los precios del suelo.
- c) El sometimiento del estado al funcionamiento de la empresa capitalista constructora en la producción de los soportes materiales, eleva considerablemente sus costos de producción en razón de la acumulación de las ganancias de los agentes capitalistas involucrados. Esta misma situación se da en relación con los medios para producir el efecto útil, producidos casi totalmente por el capital privado y particularmente por los grandes monopolios nacionales o transnacionales.
- d) La combinación de la permanente expansión de las necesidades de vialidad y transporte, el peso y la presión de la industria automotriz para la producción de una fluida vialidad que facilite la realización de sus productos, y el predominio creciente de la ideología y la prác-

tica del transporte individual en oposición al transporte colectivo. Al tiempo que el desarrollo de la vialidad destruye o reduce las áreas verdes y recreativas existentes, la multiplicación de los medios individuales de transporte aumenta a niveles insostenibles la contaminación ambiental que las áreas verdes ayudaban a controlar. Rápidamente, las áreas verdes, plazas y jardines de las zonas centrales van quedando reducidas a simples residuos en el entramado de las autopistas, tréboles y puentes que constituyen el sistema vial, a los tristes jardines de los separadores, calcinados por los gases de los escapes de los automóviles, o a pequeños rincones pavimentados inalcanzables para el peatón.

- e) La poca importancia que para el capital reviste este tipo de equipamientos en términos del desarrollo capitalista; ellos se consideran como inversión improductiva o, aún, suntuaria, o simplemente ornamental. El capital presionará al estado para mantener baja esta inversión. En muchos casos, los niveles locales, regionales o nacionales del estado comparten esta concepción.
- f) En muchos países, las decisiones del estado de invertir en infraestructura y servicios vinculados a parques naturales y centros recreativos se inclina hacia los grandes proyectos turísticos de mar o montaña, productores de divisas y "más rentables en términos del desarrollo nacional" o, dicho en otras palabras, que sirven de base a inversiones privadas cuantiosas y, consecuentemente a cuantiosas ganancias. Esta inversión se dirige esencialmente a sectores de altos ingresos, nacionales y extranjeros, es decir, al ocio suntuario de los perceptores de plusvalía y a asalariados de altos ingresos y no al necesario a las masas trabajadoras.

La situación actual de las ciudades latinoamericanas, caracterizada por un déficit crónico de parques, bosques, jardines y áreas recreativas, muestra los efectos de la combinación de estas determinaciones.

Tendríamos que añadir que el uso recreativo de estos espacios, que es en última instancia el que actúa en la reproducción de la fuerza de trabajo —efecto útil—, requiere de un conjunto de instalaciones sometidas con mayor agudeza

a las limitaciones antes anotadas.

4. La desigual distribución social del ocio y sus soportes materiales

La situación afecta fundamentalmente a los sectores populares urbanos que son los usuarios reales de los espacios abiertos de carácter público; los perceptores de plusvalía y los asalariados de altos ingresos, desarrollan su ocio, marcado por el despilfarro, en lugares privados urbanos (clubes), en los centros turísticos o residencias campestres secundarias alejados de los centros urbanos, con elevados costos tanto de transporte como de uso, totalmente vedados a los sectores mayoritarios de la población y, contradictoriamente, apoyados masivamente por la inversión del estado en obras de infraestructura y servicios de todo tipo.

A todas luces, tanto el uso de las áreas verdes y recreativas, como la apropiación del efecto útil —el ocio— está profundamente segregado socialmente en los países latinoamericanos.

El carácter mercantil penetra rápidamente en la esfera del ocio, aún el más rudimentario, incluidos en muchos casos los escasos servicios ofrecidos por el estado, reduciendo el ocio de las masas populares a un simple deambular por los espacios abiertos y vacíos, al simple juego del deseo de lo inalcanzable, a observar tras la vidriera de los espectáculos recreativos o culturales, las caras sonrientes de la demanda solvente, de los "elegidos por el mercado" para su consumo.

La situación de segregación y penuria de espacios abiertos y recreativos para las masas populares se da no solamente a escala de la ciudad en su conjunto; los persigue en sus miserables zonas de vivienda.

Los sectores de altos ingresos, residentes en viviendas de lujo o en exclusivos conjuntos habitacionales, gracias a su capacidad económica para cubrir las ganancias de los propietarios territoriales, fraccionadores y constructores, pueden vivir rodeados de jardines que les sirven de espacios recreativos y defensa contra la contaminación ambiental, al tiempo que cuentan con todos los medios para pagar el ocio suntuario en cines, teatros, espectáculos deportivos, y discotecas, así como para disfrutar de semanas enteras en las playas exclusivas o en el limpio aire de las montañas y lugares de recreo de provincia o del extranjero.

La pequeña burguesía y los sectores medios, dominados ideológicamente por el estilo de vida de la burguesía vi-

ven en una contradicción permanente: sus casitas individuales en "fraccionamientos residenciales", convertidas en el "ideal" por las empresas promotoras y su publicidad, con su jardincito anterior y posterior, al tiempo que son caricaturas de las grandes mansiones, atomizan los espacios libres hasta convertirlos en inútiles tanto para la recreación como para la protección ambiental. Por otra parte, en los pequeños edificios en condominio o renta, ubicados en la periferia de las áreas centrales, producto de la especulación con la tierra urbana y los constructores, habitan en medios de la cuadrícula de asfalto, privados de luz, aire, sol y áreas verdes; sin embargo, cuentan con la alternativa de los "Week-ends" en los lugares de recreo, previo el viacrucis de los largos viajes en auto por las carreteras saturadas, el humo de los escapes, la tensión nerviosa y los hoteles "económicos", las atestadas playas "públicas" y la tortura mensual del pago de su paquete económico de turismo a crédito.

Para la clase obrera y las masas trabajadoras y desempleados, todas las alternativas desaparecen. Hacinados en las casas de vecindad y ciudades perdidas, fraccionamientos ilegales o colonias de invasión, en las cuales solo han logrado apropiarse de unos cuantos metros cuadrados de suelo, carentes de servicios, no sólo no poseen áreas verdes, jardines o sitios de recreación, y son víctimas de la contaminación ambiental incontrolada de las fábricas y automóviles que ellos no poseen, sino que se ven obligados a producir nueva contaminación con su basura, sus excrementos y desechos y vivir en ella debido a su imposibilidad económica para obtener los servicios mínimos de infraestructura.

Los escasos espacios abiertos, sin ningún equipamiento, son áridos arenales que nunca han sido hollados por las pisadas de las cuadrillas oficiales de jardineros y ornamentadores, demasiado ocupados en el embellecimiento de los parques y avenidas de las "zonas importantes" de la ciudad. Para estas mayorías de la población latinoamericana, no hay fines de semana en las playas o en las colinas, no hay residencias campesinas ni clubes sociales, ni teatros, ni espectáculos deportivos; solo el ocasional deambular expectante por los escasos, mal dotados y atestados jardines públicos, la fugaz visión de los separadores y camellones residuales ornamentados y arbolados de las autopistas y avenidas, desde el camión que los conduce diariamente a su trabajo, los tequilas y cervezas en las sórdidas cantinas de la



vecindad, o las largas horas dominicales de alineación frente al televisor adquirido a crédito con pesadas cuotas mensuales.

La lógica del sistema capitalista dependiente y su expresión en la ciudad determinan, pues, no sólo la penuria de parques, plazas, bosques y jardines y lugares recreativos, sino también su desigual distribución social, ella niega las áreas y las condiciones necesarias para el descanso de las clases trabajadoras que lo requieren para producir la riqueza social y las otorga a manos llenas a aquellos que viven de la riqueza social producida por otros.

5. Apropiación privada de las ventajas derivadas de la existencia de áreas verdes, jardines, y parques públicos

Las escasas áreas verdes, jardines y parques públicos son producto colectivo en la medida que su producción se realiza a partir de la tributación colectiva que recae fundamentalmente sobre los hombros de las masas trabajadoras; sin embargo, una parte considerable de las ventajas derivadas de su existencia es apropiada individualmente por propietarios territoriales, fraccionadores y promotores inmobiliarios.

En primer lugar, su existencia, valoriza la tierra urbanizable que los rodea, tanto por la inversión de capital que significan, como por las alternativas de recreación que pueden ofrecer —al menos en la publicidad— y los efectos estéticos y anticontaminantes que de ellos se deriva. Los fraccionadores, cons-

tructores y promotores convierten también en mercancías la naturaleza y la obra colectiva en cuya producción no han participado, y se apropian de los beneficios resultantes. Una ojeada a la publicidad de fraccionamientos y condominios, profusamente divulgada por la prensa, radio y televisión, basta para tener la evidencia de esta apropiación comercial y del uso ideológico de los jardines, parques y bosques públicos por parte de los empresarios.

Nuevamente, la propiedad privada de la tierra urbana sirve de base jurídica a la apropiación privada de los beneficios derivados de la obra colectiva; una confirmación más de la contradicción entre el carácter social de la producción de la riqueza y su apropiación individual.

III. A MANERA DE CONCLUSION

El Estado, expresión política del sistema capitalista y organismo básico de su mantenimiento y reproducción, cuya autonomía relativa no puede rebasar los límites estructurales y coyunturales fijados por las leyes "naturales" de su funcionamiento, modifica parcialmente la situación analizada, sólo cuando los intereses colectivos del capital —que requiere de un mínimo de capacidad productiva de sus asalariados, y liberarse de las "fuerzas del mal" que, como el aprendiz de brujo, ha liberado y no logra controlar—, así lo requiere y permite, o las luchas defensivas de los trabajadores tienen la fuerza para conquistarlo.

No se trata, pues, de un problema

técnico, de buenos o malos urbanistas, de egoísmo o buena voluntad; es un problema que remite a la esencia misma del funcionamiento de la sociedad capitalista y, particularmente, de la dependiente, a su carácter de sistema de explotación de la fuerza de trabajo por los propietarios de medios de producción, a las condiciones de aguda explotación a que somete a los trabajadores latinoamericanos en función del patrón de acumulación, a la magnitud del ejército de reserva generado por el desarrollo capitalista dependiente, al de los productores en la distribución de la riqueza social, a la propiedad privada del suelo urba-

no y la especulación con ella, al imperativo de las ganancias que domina la producción de todos los objetos y efectos útiles urbanos y al papel específico que asigna el sistema al estado y a sus intervenciones sobre la estructura urbana.

NOTAS:

1. Este artículo es una versión corregida de la ponencia *Necesidad de áreas verdes y recreativas y desigualdad en su distribución en América Latina*, presentada al seminario *Parques, bosques, jardines y otros espacios abiertos en los asentamientos humanos*, celebrado en México, D.F. del 10 al 15 de abril de 1978 y organizado por la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas y División de Ciencias y Artes para el Diseño de la Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Xochimilco).

2. Para citar sólo algunos ejemplos: Munford, Lewis.: *La ciudad en la historia*. Ediciones Infinito, Buenos Aires, Argentina; Benévolo, Leonardo.: *Diseño de la ciudad*. Gustavo Gili, S.A., España, y *Los orígenes de la urbanística moderna*. Editorial Tekne, Buenos Aires, Argentina. Los higienistas europeos del siglo XIX, esos humanistas burgueses, dejaron escritas miles de páginas de informes y reportes sobre la situación de las ciudades y los barrios obreros, como sustentación de sus propuestas de reforma.

Owens, Saint Simon y Fourier, los socialistas utópicos de finales del siglo XVIII, principios del XIX, construyeron sus modelos ideales de ciudad y sociedad basándose en una interpretación pre-científica de esta situación.

3. Engels, Federico.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), y *Contribución al problema de la vivienda* (1872); Marx, Carlos.: *El capital*. FCE, México, Tomo I, Capítulo XXIII.

